

# Lágrimas agradecidas

*Alberto Toutin ssc*  
*Superior General*

**INFO SSCC Hermanos No 153 - 1 de abril 2021**



Escultura de Werner Klenk

**Q**ueridos hermanos y hermanas:

Durante este tiempo de Cuaresma, las lecturas del Evangelio me han hecho ver con especial nitidez la capacidad de acogida de Jesús para con todos; las multitudes, los discípulos, los enfermos, los pecadores, los amigos y los enemigos, las autoridades religiosas y los extranjeros. Todas las personas le importan y lo expresa en una amable coherencia de gestos y palabras. En sus relaciones hay calidez, franqueza, rectitud. Él es lo que sus gestos y palabras dicen. Es capaz incluso de vencer sus prejuicios culturales ante los extranjeros, los que no son de la casa de Israel y dejarse conmover de la gran fe de la mujer siro-fenicia y del centurión romano. Es libre para estar a la mesa con pecadores como Zaqueo, el publicano y con Simón, jefe de los fariseos. La causa que lo mueve a actuar así no es una idea o un proyecto del Reino de Dios, sino la cálida certeza de que el secreto de ese Reino es que Dios es un Padre misericordioso. Por eso que lo que más le importa es el encuentro con las personas y la relación con ellas, pues sólo en el espesor de esta relación, todos se pueden abrir a la novedad inagotable de un Dios que está siempre en acción y que es ante todo Padre.

Todos pueden ver que en él tienen cabida, que no excluye a nadie, a menos que uno mismo decida alejarse de él.

## La hospitalidad

Entre tantos pasajes, releo el relato del encuentro de Jesús en casa del fariseo Simeón con una mujer pecadora (Lc 7,36-50). Jesús ha aceptado la invitación de Simón a comer con él. Todo pasa en casa, en el curso de una comida. Nadie invita a casa a alguien con quien uno no se siente en confianza o cómodo. En el curso de esta comida, irrumpe una mujer cuya única característica es "una pecadora pública". Simón lo sabe, pero ni Jesús ni el lector lo saben. Tampoco hay precisiones sobre qué tipo de pecado esta mujer ha cometido que la hace una pecadora "pública". A pesar de ello, ella se atreve a vencer el miedo al rechazo al irrumpir en la casa de Simón, al juicio al que se expone de parte de los que la conocen, en especial Simón. Algo muy poderoso mueve a esa mujer a superar estas barreras que la perjudican. Es que Jesús está ahí y ella quiere decirle algo importante, esencial. Y eso lo dirá, sin palabras, con la elocuencia de los gestos, con el lenguaje de su cuerpo. Se pone a los pies de Jesús, sobre los que derrama sus lágrimas, los seca y los besa y los unge con perfume. Recuerde cada uno lo que hemos sentido cuando el jueves santo, hemos lavado los pies o nos han lavado los pies, ante la comunidad cristiana. Los pies contienen la historia de nuestros pasos andados. Si además alguien nos besa los pies, nos sentimos indignos y vulnerables. Y Jesús se deja tocar por esta mujer, sin prevención ni sospechas. Con empatía desentraña la significación de esos gestos para esta mujer, para su anfitrión y para el mismo Jesús.

Para ello Jesús recurre a una parábola para que todos puedan abrirse, sin reticencias ni sospechas, a la significación de lo que está pasando. Integra en esta parábola los gestos de la mujer, el juicio no dicho de Simón respecto a Jesús como profeta y a esta mujer pecadora pública. Se trata de dos deudores a los que el acreedor les perdona la deuda. El acreedor actúa no por interés ni cálculo, sino simplemente por atención al hecho que ninguno de los dos podía pagar la deuda. Se trata de una condonación de deudas "a fondo perdido". Jesús asocia a su anfitrión y le pide su parecer, no sobre las motivaciones del acreedor, sino sobre los sentimientos que experimentan los deudores condonados respecto al acreedor. "¿Quién de ellos le amará más?" –le pregunta Jesús. "Aquel a quien perdonó más" – responde justamente Simón. Este diálogo le sirve de base a Jesús para sacar a luz lo que está sucediendo. La mujer que era vista por el fariseo sólo en su condición de pecadora, ha mostrado en sus gestos algo más profundo que su pecado. Primero ella es la que ha acogido verdaderamente a Jesús, con los signos que el anfitrión debería haberle ofrecido. Es cierto, Jesús acepta la invitación de Simón, pero quien lo ha hecho sentir en casa es esta mujer. La hospitalidad que ofrece Simón a Jesús tiene una intención segunda. Quiere saber quién es realmente Jesús y si cabe dentro de sus esquemas de profeta. Y lo decepciona, pues un auténtico profeta, no se dejaría tocar ni aproximar por una mujer pecadora. En lugar de dejarse sorprender por los gestos de Jesús y pensar fuera de sus esquemas, en realidad confirma lo que ya sospechaba de él. También respecto a la mujer, Simón ya sabe de antemano de qué clase de mujer se trata, sin que ese juicio se deje permear por lo que está pasando ante sus ojos, en su propia casa. Es un ser que razona bien en el plano de las ideas, pero que está desconectado de la realidad de los hechos. Luego, Jesús ve que los gestos de la mujer son ya su respuesta a un saberse perdonada de sus

pecados. Pecados que Jesús reconoce e incluso los cuantifica “sus muchos pecados”. Pero para él, mucho más importante que sus muchos pecados es ella, ahí llorando y cerca de Jesús. En sus gestos muestra así que es capaz de acoger el perdón que Dios ofrece y porque se la ha perdonado mucho, se muestra capaz de amar mucho más todavía. En cambio, el fariseo, con sus ideas ya concebidas, no lo disponen a amar más, porque estima que tiene poco que hacerse perdonar.

Jesús con la familiaridad que tiene con su Padre misericordioso, reconoce su acción discreta en esta mujer. Ve que Dios su Padre, ya la ha perdonado. Sus palabras explicitan simplemente lo que ya está ahí, y que sólo los ojos de la fe pueden ver y reconocer. Una acción discreta y eficaz que actúa en el corazón de las personas y que sólo puede ser evocada a través del pasivo teológico. “Tus pecados quedan perdonados”. Y, después de haber visto y oído, los comensales siguen sin entender lo que está pasando. Siguen creyendo que es Jesús quien perdona los pecados, cuando en realidad es Dios quien los ha ya perdonado. Jesús es testigo familiarizado con el actuar de Dios y por eso lo puede reconocer, acoger y celebrar, con la ayuda de la fe de esta mujer: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz”.

### **“Dios ama cada persona y así hace la Iglesia”**

Es lo que afirma la respuesta de la Congregación para la Doctrina de la Fe, sobre el poder de la Iglesia de impartir la bendición a uniones de personas del mismo sexo. Sin embargo, esta afirmación en la práctica es desmentida no sólo por la respuesta negativa de poder impartir la bendición a uniones de personas del mismo sexo, sino también por el modo de referirse a estas relaciones y a las personas implicadas con ellas, en su acompañamiento. Por más que se insista en que no se quiere discriminar ni excluir a nadie, de hecho, produce ese triste efecto. Sobre todo, si miramos una vez más la práctica de Jesús de su acogida, su atención a cada persona y cada situación, su empatía y sensibilidad para reconocer en gestos y silencios, los anhelos profundos de las personas y la acción discreta y eficaz de Dios. No es que Jesús no vea el pecado que hay en las personas, pero no les deja encerradas en esta condición, ni tampoco en su definición sexual o en su pertenencia religiosa o nacional, sino que les invita a mirar la calidad de relaciones que crean con los demás y lo que Dios hace en ellas: purificar los prejuicios, ensanchar el deseo y capacidad de amar que existe en cada uno, acoger el perdón que Dios ofrece, su amor incondicional, su paciencia. Para percibir y gustar la acción de Dios, Jesús estimula la capacidad de discernimiento y de decisión de las personas que encuentra. Como lo hace con Simón durante la comida en su casa. Y sobre todo invita a que perciban que cuando Jesús aparece perdonando, o bendiciendo, en realidad es acoger a Dios que ya está actuando en la fe de cada persona. Fe que se confiesa más en gestos y silencios más que en declaraciones y profesiones públicas y que Jesús sabe apreciar, explicitar, alabar: “En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te bendigo, padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las revelado a los pequeños. Sí, Padre, tal ha sido tu beneplácito” (Lc 10, 21).

Creo que, ante las nuevas exigencias sacramentales que plantean las uniones de personas del mismo sexo a la iglesia le ayudaría el seguir estudiando e implementando las orientaciones de la exhortación *Amoris Laetitia* en la línea de una Iglesia de cercanía, de puertas abiertas,

de hospital de campaña para ayudar a reparar tantas vidas quebradas, en las familias, en las parejas. También nos ayudaría el que los hermanos y hermanas que participan o acompañan la pastoral de la diversidad sexual, nos ayuden a todos a afinar el discernimiento de la acción de Dios en las relaciones que se van construyendo día a día entre las personas, a evangelizar los deseos de amar que existen en cada una de ellas, en la vivencia madura de la sexualidad, en la entrega generosa a los demás, en el cuidado de los hijos.

Así como ha habido diversas reacciones a favor y en contra sobre el fondo y el tono de esta declaración, me pregunto si, nosotros ministros de la Iglesia, hermanos y hermanas de la congregación, seríamos capaces de reconocer la diversidad sexual que existe también entre nosotros. Y si haciendo esto, creceríamos en empatía y en lucidez respecto a nuestros modos de hablar y de acompañarnos mutuamente y también las uniones de personas del mismo sexo. Las lágrimas agradecidas de la mujer en casa de Simón nos alientan y la acogida de Jesús nos dan confianza en el Dios que ama y perdona a todos y cada uno.

Fraternalmente,

**Alberto Toutin ssc**  
*Superior General*